

Garcilaso de la Vega, el Inca. "Dedicatoria a Don Maxiliano de Austria" en su traducción de *Diálogos de amor* de León Hebreo, Madrid, 1590.

GARCILASO DE LA VEGA, EL INCA

*DIÁLOGOS DE AMOR*

DEDICATORIA A DON MAXIMILIANO DE AUSTRIA

(...) En los proemios de muchas traducciones que de varias lenguas he visto hechas en la española, he notado que en los más de ellos se disculpan sus autores, diciendo que su intención al principio no fue de sacar su obra a luz sino que la importunidad de los amigos que la vieron, le forzaron a que lo hiciese. Esto, antes que yo lo experimentara en mí, me parecía que era una manera de echar a espaldas ajenas lo que ellos podían temer por su atrevimiento o descuido; pero ahora que lo he visto y sentido con propias manos, podré afirmar que es verdad muy grande, porque ni más ni menos ha pasado por mí. Que cuando yo hube estos diálogos y los comencé a leer, por parecerme cosa tal como ellos dirán de sí, y por deleitarme más en la suavidad y dulzura de su filosofía y lindezas de que tratan, con irme deteniendo en su lección, dí en traducirlos poco a poco para mí solo, escribiéndolos yo mismo a pedazos; así por lo que he dicho, como por ocuparme en mi ociosidad, que por beneficio no pequeño de la fortuna me faltan haciendas de campo y negocios de poblado, de que no le doy pocas gracias. Y habiéndome entretenido algunos días en este ejercicio, lo vino a saber el padre Agustín de Herrera, maestro en santa Teología y erudito en muchas lenguas, preceptor y maestro de don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar, y el padre Jerónimo de Prado de la Compañía de Jesús, que con mucha aceptación hoy lee escritura en la real ciudad de Córdoba, y el licenciado Pedro Sánchez de Herrera, teólogo, natural de Montilla, que años ha leyó Artes en la imperial Sevilla y a mí me las ha leído en particular, y últimamente lo supo el padre fray Fernando de Zárate, de la orden y religión de San Agustín, insigne maestro en santa Teología, catedrático jubilado de la Universidad de Osuna, y otros religiosos y personas graves que por no cansar a V. S. no las nombro. Todos ellos me mandaron e impusieron con gran instancia que pasase adelante en esta obra, con atención y cuidado de poner en ella toda la mejor lima que pudiese, que ellos me aseguraban que sería agradable y bien recibida. Bien entiendo que lo fuera si mis borrones no la deslucieran tanto, de que a V. S. y a todos los que les vieren suplico y pido perdón, que en mi caudal no hubo más.

Esto fue causa de que se me trocase en trabajo y cuidado lo que yo había elegido por recreación y deleite. Y también lo ha sido del atrevimiento que esta traducción y diálogos han tomado para salir fuera y presentarse ante el acatamiento de V. S., y suplicarle con su favor y amparo supla sus defectos, y como miembro tan principal de la casa Real e Imperial, y tan amado del Rey nuestro señor, debajo de su sombra, los dedique y ofrezca a su Majestad Sacra y Católica, pues a mí no me es lícito hacerlo, como al pueblo hebreo no le era el entrar con sus oblações

en el Sancta Sanctorum, sino entregarlas al Sumo Sacerdote. Que si V. S. les hace esta merced, bien sé que a Su Real Majestad le serán de buen olor, y agradables a todos los que en la claridad de sus entendimientos y sutileza de sus ingenios semejaren a su primer autor, y tanto más cuanto más subidos fueren en estos quilates, y, al contrario, lo bueno que en ellos se hallare todo es suyo; los borrones, como ya lo he dicho, son míos.

Con este atrevimiento he cumplido con lo que al servicio de V.S. debo, pues no tengo posibilidad de servir con otra cosa a tanta merced y favor como me han dicho que V. S. me hace y desea hacer sin haberme visto. Y también habré cumplido con lo que a esta mi obra, como a propio hijo, puedo querer, en haberle dado tal señor. Para cuya buena inteligencia entiendo que no serán menester más que dos advertencias (esto es hablando con el lector): la una, que se lea con atención y no cualquiera, porque la intención que su autor parece que fue escribir, no para descuidados, sino para los que fuesen filosofando con él juntamente. La otra, mirar en algunos pasos, a donde apelan los relativos, que, por no descuadernar la obra a su dueño de su artificio, los dejamos como estaban. Y también porque es de estimarle en mucho ver que en lengua tan vulgar, con invenciones semejantes, como se podrán notar, escribiese, no para el vulgo. Con estos dos cuidados, creo que, aunque las materias son altas, sutiles, y dichas por diferente manera de hablar que el común lenguaje nuestro, se dejarán entender. Lo que de esto faltare, que será por mi culpa, se me perdone, que yo quisiera haber podido lo que he deseado en esta parte. De la mía puedo afirmar que me costaron mucho trabajo las erratas del molde, y mucho más la pretensión que tomé de interpretarle fielmente por las mismas palabras que su autor escribió en el italiano, sin añadirle otras superfluas, pues basta que lo entiendan por las que él quiso decir y no por más. Que añadirseles, fuera hacer su doctrina muy común, que es lo que el más huyó, y estragar mucho la gravedad y compostura de su hablar, en que no mostró menos gallardía de ingenio que en las materias que propuso, amplió y declaró con tanta facilidad y galanía, a que me remito en todo lo que en loor de este clarísimo varón se pudiera decir, que lo dejo por parecerme todo poco, porque ninguno le podrá loar tanto como su propia obra. También se podrá advertir que muchas veces parece que la materia de que va tratando la concluye no con buena satisfacción, y es artificiosamente hecho, como cuando en la música se da la consonancia imperfecta, para que tras ella la perfecta suene con mayor suavidad y sea mejor recibida. Por lo cual es menester esperarle hasta el fin de ella, donde hallarán toda satisfacción. En qué lengua se escribiesen estos *Diálogos* no se sabe de cierto, porque aunque Alejandro Piccolomini, aquel caballero senés, digno de todo loor, en la *Institución moral* que compuso hablando de la amistad, reprende al traductor que él dice que lo tradujo de hebreo en italiano, sin decir quien es, a mí me parece que lo hace por reprender en tercera persona al mismo autor; porque si alguno lo tradujera de lo hebreo a lo italiano, de creer es que no callara su nombre en hecho

tan famoso. Y la dedicatoria que está en el italiano, más parece del impresor, o de quien pudo haber la obra para sacarla a luz, como allí dice, que del traductor. Y más, que los que entienden la lengua hebrea que han visto estos *Diálogos*, y particularmente el padre Gerónimo de Prado, arriba nombrado, que la sabe, me han afirmado que no se puede escribir con tanto artificio en el lenguaje hebreo, por ser tan corto y declararse más con la acción corpórea, por ser en él más significativa, que con la prolación de las palabras. Y Juan Carlos Sarraceno, que los tradujo en latín elegantísimo, y muy ampliamente atendiendo más a la elegancia de su lenguaje que a la fidelidad del oficio de intérprete, no dice de qué lengua los traduce. Por todo lo cual me parece que aquel doctísimo varón escribió en italiano; porque, si bien se advierte a las galas de su manera de hablar, y a los muchos consecuentes que calla, y a los correlativos que suple, y a toda la demás destreza, artificio y elegancia que muestra en su proceder, que cualquier curioso podrá notar, con otras muchas lindezas que hay en el italiano, que yo no me atrevo a decir en compendio, se verá que no se pudieran hacer tantas sutilezas, tan galanas, en traducción de una lengua a otra. Las cuales cosas, a quien no mirase que son artificiosamente hechas, le confudirán en muchos pasos de la obra, que de industria el autor quiso oscurecer y dejar dificultosos, que, mirados con esta atención, no lo son. Y esto bastará por proemio para el discreto lector, a quien pido en caridad que hasta que tenga hijos semejantes y haya sabido lo que cuesta el criarlos, y ponerlos en este estado, no desdeñe mis pocas fuerzas ni menosprecie mi trabajo. (...)